IV

Al día siguiente, y á eso de las dos de la tarde, se hallaban, en el salón de Fedora, ésta y la hija del Duque de Montenegro.

Diana estaba también con su madre y con su amiga, y, sentada en el hueco del balcón, se ocupaba de una labor de tapicería; pero sólo en la apariencia, pues frecuentemente dejaba escapar la aguja y quedaba inmóvil y como sumergida en una profunda cavilación.

Su dulce y apacible semblante pintaba una emoción extraordinaria, y cuando dejaba de trabajar llevaba los ojos desde su madre á su amiga, espiando el semblante de cada una con inquietud é interés.

—¿De modo—dijo la Princesa prosiguiendo una conversación ya empezada,—que estás decidida á casarte con el Marqués, querida Cristina?

—Sí, señora—respondió la joven;—completamente decidida.

—¿No te importa la diferencia de edad?

—Nada, señora.

—Mira, hija mía, que tú serás aún muy joven cuando él sea un anciano; considera que no halla-

rás en él el amante rendido y apasionado que tú desearías.

Cristina sonrió con la expresión de una sublime confianza.

—Es un hombre que ha sufrido—prosiguió la Princesa;—que ya tiene pocas ilusiones, porque el dolor se las ha agotado; que gustará del retiro y del reposo.

—Yo también, señora.

La primera guardó algunos instantes de silencio, como si meditase alguna otra objeción que oponer; pero la que se le ocurría debía ser tan dura, que le hizo vacilar y detenerse por dos veces después de abrir los labios para formularla.

—Es preciso que te haga otra reflexión todavía—dijo con acento triste:—Cristina, mi corazón, que encierra para tí un cariño maternal, tiembla al pensar en este enlace, y yo no sé por qué: así es que debo hacerte cuantas advertencias se me ocurran, aunque te sean penosas y á mí también. Cristina, ¿has pensado en que el Marqués no supo hacerse amar de su primera esposa?

—Porque ella amaba á otro.

—No hay mujer que, por enamorada que se halle de un hombre, no sienta hacia otro gratitud al menos, si éste es para ella bueno, tierno y previsor. Conocí á la Marquesa.., era buena y de apacible condición; ¿qué la pudo arrastrar al violento extremo de darse la muerte, á ella tan sen-

cilla en sus creencias, tan sincera y verdaderamente piadosa?

—Tal vez, señora, sería el pesar de ver que su hija sacaba tan terrible imperfección.

—¡Tal vez!—dijo la Princesa pensativa.—Sí: quizá su espíritu, perturbado ya con el dolor de haberse unido con lazos que la separaban del hombre á quien amaba, acabó de extraviarse á la vista de la desgracia de su hija; ¿pero has pensado en esa hija? ¿Sabes los deberes que para con ella contraes? ¿Sabes que será un eterno cuidado y una pesada carga en tu vida? ¿Sabes que esa carga no se acabará nunca, porque Julia, á causa de su imperfección física, no se casará jamás?

Pasó como una nube por la frente de Cristina al oir estas palabras; pero casi en el mismo instante brilló en sus ojos un generoso ardor, y respondió:

—Todo lo sé.

—¿Te crees capaz de amar á Julia? ¿de mirar por ella? ¿de consolarla de su desgracia?

—Sí, señora.

—Piensa en que apenas podrás tener sobre ella autoridad alguna, porque es casi de tu edad; no olvides que es celosa hasta de las miradas de su padre, por lo mismo que su amor es el único con que cuenta en el mundo.

—Señora—dijo Cristina en cuya voz se notaba un ligero tinte de impaciencia,—aunque tengo poca edad, mi entendimiento es más sólido de lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No 1625 MONTERREY, MEXICO

que de ella debe esperarse. No ignoro que mi unión con el Marqués presenta inconvenientes, sobre todo para mí; pero por todos paso por una sola razón: le amo y creo que soy amada de él como yo deseo serlo; amo también á su hija por ser suya, y no será por falta de cariño y de cuidados de parte mía si Julia no es feliz. ¿Qué más puedo decir á usted? Si no me caso con Montbar, me tendré por la más desgraciada de las criaturas y no me casaré con nadie.

—¡Pero, Dios mío! ¿qué hay en Mr. de Montbar para que de este modo te haya cautivado?—exclamó Diana.—¡Hallarías tantos jóvenes y de mejor figura!...

—¿Qué posee de notable el Vizconde de Valence para que te hayas tú enamorado de él?—preguntó Cristina á su amiga.—La primera vez que te presentas en sociedad te enamoras ya, y no quieres ni que te hablen de nadie más: ¿por qué te extrañas de que yo ame, desde hace tiempo, al Marqués?

Diana se puso muy colorada; luego, dominando su emoción, se levantó, se dirigió hacia su madre y la abrazó con ternura, diciendo:

—¡Mamá, no le impidamos que sea dichosa!

—Cristina—dijo la Princesa,—tu padre va á venir de un instante á otro para pedir mi parecer acerca de si debe conceder tu mano al Marqués, ó no. Ya que has pesado todas las dificultades; ya que tienes arraigado en el alma un amor grande

y profundo, un amor inextinguible y como es necesario para ser una buena esposa, no dejarás de ser, por causa mía, la Marquesa de Montbar; sólo te exijo una cosa, y te la exijo como la exigiría tu madre, si viviera: espera un año para casarte; entonces estarás próxima á cumplir los diez y siete, y además, Diana tardará todo ese tiempo también á ir al altar, y mi deseo es que juntas vayáis el mismo día.

—¡Señora, ó mejor dicho, querida madre mía, gracias mil veces!—dijo Cristina besando con ternura la mano de la Princesa. —Esperaré ese tiempo y más, si lo exige usted, para cerciorarme de que es firme mi resolución y de que mi amor por el Marqués no es un capricho, sino una afección ciega y profunda. Sí: me someto á todas las pruebas á que usted y mi buen padre quieran sujetarme.

—Ya es, pues, asunto concluído—dijo Fedora.—En ese tiempo, hija mía, estúdiate; frecuentarás la sociedad, verás lo más selecto de la juventud, y si alguna vez cambian tus sentimientos, no temas decírmelo. Lo mismo quiero que haga mi hija: ahora dice que ama al Vizconde; pero eso puede ser una ilusión de niña, y es preciso que se asegure antes de comprometer su porvenir. Esperemos, hijas mías, esperemos: aún sois muy niñas; aún hay muchas flores en el camino de vuestra existencia.

La Princesa se retiró después de abrazar á las

jóvenes; poco después llegó el Duque con el objeto de participarle, aunque ya lo había hecho por escrito, que el Marqués de Montbar le había pedido en la noche anterior la mano de su hija.

—Es preciso concedérsela — dijo Fedora.— Cristina le ama con un cariño serio y profundo.

—¡Es posible! — exclamó el Duque; — ¡á su edad! ¡á la edad del Marqués!

—El amor, amigo mío, no reconoce edades: avéngase usted á esa boda. El Marqués es la nobleza y la lealtad personificadas, y con nadie como con él podrá ser Cristina tan dichosa; si bien no es muy rico, tiene talento para acometer empresas, y creo que sabrá ganar dinero con su ingenio; es activo, probo, inteligente, caballero, y posee un alma bellísima. No nos quejemos ni usted ni yo de la elección de nuestras hijas, y roguemos á Dios porque no cambien.

El Duque quedó ya satisfecho con la opinión de su amiga y aliviado del enorme peso que era, para él, el cuidado de la suerte futura de su hija, á la que amaba con idolatría.

V

El término de un año impuesto por la Princesa para probar el amor de Cristina en la apariencia, pero en realidad, no sólo para probar el de la joven, sino también el del Marqués, el de su hija y el del Vizconde de Valence por esta última, pasó rápidamente, sirviendo sólo para que Cristina se apasionase más y más de Mr. de Montbar.

No era esto extraño por cierto: el Marqués era el tipo perfecto del hombre bueno, amante y honrado, y además su figura, tan bella que muy pocos podían sostener con él la competencia, parecía haberse embellecido más todavía con los reflejos de dicha que le enviaba su alma embriagada con el amor de Cristina.

Era Jorge de Montbar un hombre de carácter melancólico y pensador, exaltado en sus sentimientos y, por lo mismo, poeta; la ternura y la indulgencia formaban la base de su índole; pero no una indulgencia débil, sino razonada y basada en una exquisita sensibilidad y benevolencia.

Verdaderamente valeroso, tenía, sin embargo, para las mujeres una galantería afectuosa y casi tímida, y era tan capaz de defenderlas de cualquier hombre como de respetarlas.